

“Cuarenta minutos”

Me pregunto qué porcentaje de mi vida he pasado en un pueblo... Desde que era pequeño no he hecho más que vivir en un pueblo. Para aquel entonces, mi familia no era muy adinerada que digamos, y una ventaja que te ofrece un pueblo es un menor gasto. Por ello, sin esperar, mis padres decidieron que nos mudáramos a la casa de mis abuelos en Borja.

Borja es un pueblo medianamente grande y, aunque es titulado ciudad por una larga historia, la vida confluye y se desarrolla como en un pueblo. Tiene alrededor de cinco mil habitantes, puede que parezcan bastantes, pero puedo asegurar que todo el mundo se conoce entre sí. He vivido en este pueblo durante casi diez años, lo que supone la mayor parte de mi vida.

Este pueblo está situado en la Comarca de Borja, en Aragón, y está ubicado a sesenta y cuatro kilómetros de Zaragoza. Cuenta con edificios residenciales de poca altura, urbanizaciones, un parque y una plaza central, denominada “el Campo del Toro”. Además, tiene un recinto de polígonos industriales, en el cual, estuvo establecida durante muchos años nuestra empresa familiar.

Borja es un pueblo caracterizado por tener bastante ambiente en las calles, sobre todo cuando es época de fiestas. En septiembre se celebran las llamadas “Fiestas de Borja”, todos los niños y adolescentes estudiantes tienen fiesta, así como los adultos. Hay discomóvil, atracciones, fiestas, y espectáculos por las calles. En esta época viene gente de todos los pueblos de alrededor a disfrutar de estas festividades.

La vida en un pueblo es muy diferente a la de la ciudad; a veces me pregunto cómo puede variar tanto la mentalidad de las personas separadas por un viaje de cuarenta minutos en coche; tanto para bien como para mal. Los prejuicios que rigen el mundo, se ven acentuados en estos pueblos, lo que dificulta ser una persona diferente a las demás.

He vivido diversas situaciones en el pueblo, y debo decir que algunas no son muy agradables. De por sí, en los pueblos hay un mayor rechazo a la gente de fuera, y con gente de fuera no me refiero únicamente a visitantes, sino a personas que residen en el pueblo pero sus antepasados no son originarios del lugar. Por ejemplo, me acuerdo que en el colegio en el que yo estudiaba, estábamos haciendo un trabajo sobre cocina y cada semana le tocaba a alguien llevar un plato preparado de casa. Tenía un compañero árabe en clase, y trajo una pizza que había hecho su madre pero, para su sorpresa, ninguno de los compañeros quiso ni tocar la pizza y comenzaron a hacer bromas sobre esta. Fue tal el dolor que sentí por él, que lo acompañé y, a pesar de que no tenía hambre, me comí casi

toda su pizza y le dije lo buena que estaba, ya que no quería que la crueldad de la gente le agujerease el cuerpo como a mí me lo hizo en ciertos momentos.

Me considero un joven muy curioso desde que era pequeño; me han interesado siempre todo tipo de temas, lo que me ha hecho aprender y crecer en libertad. Sin embargo, me considero un chico de ciudad, me encanta el núcleo urbano, ¿quién lo diría, verdad? Siendo sincero, para un chico como yo, vivir en un pueblo me quita la libertad que necesito.

Puede que este primer pueblo no fuese mi lugar favorito, pero fue aquí donde conocí a mi mejor amiga de la infancia. Durante mucho tiempo no encontré mi lugar en este pueblo, pero haberla conocido hizo que el tiempo comenzara a fluir. Y es aquí donde me di cuenta de que no se trata de encontrar un lugar, sino de crear tu propio lugar rodeado de las personas con las que quieres estar.

Otro pueblo situado muy cerca de Borja, es Alberite de San Juan. Este pueblo sí que tiene un tamaño muy reducido, apenas tiene unos cien habitantes. En este lugar, era donde residía mi mejor amiga, pasé cientos de horas allí. Al tener un menor tamaño, el ambiente era muy diferente, muchas de las personas eran autosuficientes, cultivaban su propia comida o tenían sus propias gallinas.

Se trata de un pueblo con pocas casas, apenas hay edificios, y los pocos que hay son de poca altura y están destinados al uso de la Administración, como el edificio del Ayuntamiento. La mayor parte del pueblo la conforman campos, y hay grandes rampas debido a las diferencias de altura que se presentan en el pueblo. En este sitio apenas había una tienda en la que podías comprar el pan, pero no encontrarías nada más.

Sin embargo, esto no impidió que tanto mi amiga como yo pasáramos horas y horas entretenidos. Durante estos años cultivé mi amor por la naturaleza, íbamos por el campo, cultivábamos en el huerto, dábamos de comer a las gallinas o íbamos a pasar la tarde al río. Siempre encontrábamos algo con lo que estar entretenidos; tengo muy buenos recuerdos de esta etapa.

Alberite era un pueblo pequeño por lo que, cuando se celebraban las fiestas, no había atracciones, ni grandes estructuras, pero la calidez de la gente y las ganas, permitían que se realizaran ciertas actividades que se disfrutaban tanto como las grandes fiestas. Para festividades como Halloween, todos los niños del pueblo nos disfrazábamos e íbamos por la noche de casa en casa. Los diferentes vecinos preparaban en sus casas callejones del terror, muy bien decorados, por lo que era muy divertido. El ambiente de este pueblo lo considero muy positivo y es algo que tengo claro que en la ciudad nunca voy a poder encontrar.

Conforme continué creciendo, mi familia y yo decidimos mudarnos más cerca de la capital. Pensamos en mudarnos a la ciudad, pero finalmente tomamos la decisión de ir a vivir a Utebo.

Utebo es un pueblo de mayor tamaño, que cuenta con unos veinte mil habitantes. Desde el primer momento en el que estuve, me gustó, ya que es como una pequeña ciudad. Tras haber estado más de diez años en pueblos, necesitaba un cambio de aire, y más siendo que soy un apasionado del núcleo urbano. Vivo en una urbanización, que está situada frente a un parque de buen tamaño con un gran lago lleno de patos y cisnes.

Desde mi punto de vista, dividiría Utebo en dos zonas, una zona residencial, y otra en la que están la mayor parte de los establecimientos comerciales y restaurantes. Yo resido en ésta primera. Ambas zonas están divididas por las vías del tren , que conectan Utebo con el centro de la ciudad. Esto llamó mi atención desde el minuto uno, ya que me permitía ir a la ciudad siempre que quisiera.

El pueblo en el que resido contiene un edificio llamado “Edificio Polifuncional”, que es un sitio de ocio tanto para los niños y niñas, como para los jubilados y jubiladas. Cuenta con una biblioteca donde la gente disfruta leyendo sus libros favoritos gratuitamente y también los niños y niñas pueden hacer sus trabajos del colegio, instituto o universidad.

Algo característico de este pueblo, son las fiestas. Desde mi punto de vista destacaría dos, unas celebradas en junio llamadas “San Lamberto”, y otras que se celebran entre julio y agosto llamadas “Santa Ana”. Durante las festividades, en Utebo se da un gran ambiente, se instalan atracciones y ferias, así como carpas y una discomóvil. Estas son muy parecidas a las fiestas de los diferentes barrios de la ciudad de Zaragoza.

El cambio a Utebo fue muy positivo para mí, ya que a pesar de que vivir en un pueblo pequeño tiene ciertas ventajas, como un mayor silencio que mejora el descanso en la noche, hay muchas otras ventajas que las ciudades nos brindan.

Por ejemplo, en la ciudad disponemos de una mayor cantidad de servicios que aumentan nuestra comodidad, como centros comerciales, restaurantes, teatros, etc... Así como la diversidad cultural, este es un rasgo muy importante para mí, permite que nos enriquezcamos y aprendamos mucho más. Esto permite que exista una mayor tolerancia y aceptación de las diferencias que se presentan en la sociedad. Además de que en la ciudad hay una mayor oferta educativa así como una mayor oportunidad de empleo debido a que hay un mayor número de empresas o industrias que ofrecen trabajo.

Considero Utebo como el equilibrio perfecto entre lo rural y lo urbano, tiene en la medida justa el componente rural que tantos beneficios brinda, así como el componente urbano del que tanto nos podemos enriquecer.

Lo que más me gusta de Utebo es la seguridad, siendo mitad argentino y habiendo estado en Buenos Aires, siempre tengo en cuenta esto. E insisto tanto en este tema ya que mi padre siempre ha sido un poco descuidado con la seguridad de la casa, al punto de irse y dejar la casa abierta durante todo el día con la puerta abierta. Para mi sorpresa, el día que eso ocurrió, llegamos por la tarde, y nadie había entrado ni había robado nada. Estaba todo en su lugar. Esto llega a pasarte en otro lugar y a tu llegada la casa está desvalijada.

Otro rasgo positivo que destacaría de Utebo, es la privacidad. Algo que en el primer pueblo en el que residí no existía, ya que, al conocerse todos, se hablaba enseguida de cualquier cosa. Además, la forma de vida en Utebo, es bastante parecida a la de la ciudad, quizás por eso me gusta tanto. Creo que viviendo en un pueblo te privas de hacer muchísimas más cosas por el hecho del que van a decir, algo que condiciona infinitamente la vida, y tras todos estos años, me he dado cuenta de que hay que dejar de hacer tanto caso a esto, ya que solo vamos a vivir una vez. Puedes vivirla, a pesar de escuchar comentarios desentonados, pero sabiendo que estás viviendo realmente la vida que quieres vivir o, de lo contrario, vivir la vida que los demás esperan de ti y arrepentirte al final de ella. Puedes estar acompañado de tu familia, amigos, ... pero en realidad me he dado cuenta de que estamos solos y que nadie va a hacer que nuestros sueños se cumplan si no somos nosotros mismos quienes los persigamos.

Me gusta ser una persona objetiva, por lo que digo tanto lo negativo como lo positivo de la vida en el pueblo. Es por ello que me gustaría recalcar los aspectos que me parecen más importantes del transcurso de la vida en el medio rural. Como he mencionado antes, la salud es lo más importante, como debe ser, y la vida en el pueblo trae muchas ventajas para la salud. En los pueblos hay una menor contaminación del aire debido a que suele haber menor tráfico que en las ciudades, así como el acceso a la naturaleza más habitual que reduce el estrés y mejora la calidad de vida. Y por último, el estrés, este último lo resalto ya que vivir en un pueblo puede hacer que tu estrés descienda o aumente, dependiendo del tipo de persona que seas, ya que, viviendo en un pueblo, a veces puedes sentirte un poco aislado o puede hacerte conectar contigo mismo.

Me gusta mucho hacer mi vida en Utebo: ir al gimnasio, pasear, escuchar música, ... Me permite relajarme y son momentos que me permiten conectar conmigo mismo. Esto es esencial para mí, ya que, desde pequeño, lidio con el estrés y problemas de salud que están en relación con este. Todavía me faltan muchas cosas por definir, soy joven, pero sé que la persona que soy hoy en día es el resultado de todo lo que he vivido anteriormente, y

a pesar de que han pasado muchas cosas desagradables, no las cambiaría, ya que no cambiaría quien soy hoy en día.

En resumen, vivir en un pueblo tiene muchas ventajas, pero también numerosos inconvenientes y limitaciones. En mi opinión, no todos los pueblos son iguales, y puede que encuentres uno en el que te sientas muy a gusto y otro en el que no tanto. A pesar de lo bello que es mi pueblo actual, creo que acabaré viviendo en la ciudad.